

891
~~891~~

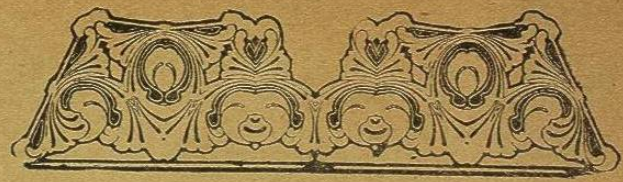
PG 3327
.S5
C7
v.2
1905



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



TERCERA PARTE.

I

Rascolnikof se incorporó y quedóse sentado en el diván.

Por medio de un leve signo invitó á Razumikin á que suspendiese el curso de su elocuencia consoladora; luego, tomando de las manos á su madre y á su hermana, las contempló alternativamente, por espacio de dos minutos y sin pronunciar una palabra. Su mirada, llena de dolorosa sensibilidad, tenía al propio tiempo algo de intensidad y fijeza. Pulqueria Alejandrovna se aterró y se echó á llorar.

Advotia Romanovna estaba pálida; su mano temblaba en la de su hermano.

—Volveos á casa . . . con él—dijo en voz entrecortada, mostrando á Razumikin.—Hasta mañana. ¿Cuándo llegasteis?

—Esta noche, Rodia—respondió Pulqueria Alejan-

drovna.—El tren venía muy retrasado; pero, Rodia, ¡por nada del mundo consentiré en separarme ahora de ti! Pasaré la noche aquí, á tu cabecera....

—¡No me atormentéis!—replicó él con un gesto de contrariedad.

—¡Yo le acompañaré—dijo vivamente Razumikin,— ¡y que mis invitados se vayan al infierno! ¡Que se enfaden, si quieren! Por lo demás, allí tienen á mi tío, que bien sabe ser anfitrión.

—¡Cómo, cómo daros las gracias!—exclamó Pulqueria Alexandrovna, estrechando nuevamente las manos de Razumikin.

Pero su hijo la interrumpió.

—No puedo.... no puedo....—repitió con agrío tono.—¡No me atormentéis! ¡Basta! ¡Idos!... ¡No puedo!....

—Vámonos, mamá—dijo Dunia inquieta y en voz baja.—Salgamos aunque sólo sea por un instante; ve que nuestra presencia le mata.

—¡Y no podré pasar un instante con él, después de una separación de tres años!—gimió Pulqueria Alexandrovna.

—Esperad un poco—dijo Rascolnikof.—Siempre me interrumpís, y pierdo el hilo de mis ideas.... ¿Habéis visto á Lugin?

—No, Rodia; pero sabe que hemos llegado. Hemos tenido noticia de que Pedro Petrovitch ha tenido la bondad de hacerte hoy una visita—prosiguió con cierta timidez Pulqueria Alexandrovna.

—Sí, ha tenido esa bondad.... Dunia, no hace mu-

cho dije á Lugin que iba á arrojarlo por la escalera, y le envié al diablo.

—¿Qué dices, Rodia? ¡Es cierto!... ¡Eso no es posible!—prorrumpió la madre llena de espanto.

Pero una mirada que á Dunia dirigiera la impidió decir más.

Advotia Romanovna, con la mirada fija en su hermano, esperaba á que siguiera su explicación. Ya informadas de la disputa, que Nastasia había contado á su manera y como la pudo comprender, ambas señoras se sentían presas de cruel perplejidad.

—Dunia—prosiguió haciendo un esfuerzo Rascolnikof,—no quiero que se celebre este matrimonio. De consiguiente, mañana mismo despide al señor Lugin, y que no se vuelva á hablar de él.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alexandrovna.

—Piensa lo que dices, hermano mío—observó con vehemencia Advotia Romanovna.

Y agregó, en tono menos vivo:

—Sin duda en este momento no te encuentres en estado normal: te noto fatigado....—concluyó dulcemente.

—¿Deliro? No.... Por mí te casas con él. Pero yo no apruebo el sacrificio. Escríbele, pues, una carta.... que te deje libre de Lugin. Mañana por la mañana me la leerás, y todo habrá concluído.

—¡Yo no puedo hacer eso! exclamó ofendida la joven.—¿Con qué derecho?....

—¡Dunetchka! ¿Tú también te acaloras? ¡Basta!... ¿Acaso no ves?.... Mañana á....—balbuceó la madre

con espanto, dirigiéndose hacia su hija.—¡Vámonos, será preferible!

—¡Delira!—gritó Razumikin en voz que revelaba su embriaguez.—¿Se hubiera permitido, si no... Mañana será razonable.

—Hasta mañana, hermano—díjole Dunia en tono compasivo.—Vámonos, mamá... ¡Adiós Rodia!

Este hizo un esfuerzo para decir:

—Ya lo has oído, hermana. No deliro. Tal matrimonio sería una verdadera infamia. El que yo sea infame no te obliga á serlo... Basta con uno... Mas, por miserable que sea, renegaré de ti si contraes unión semejante. ¡O yo, ó Lugin! ¡Idos!...

—¡Pero has perdido el juicio! ¡Eres un déspota!—vociferó Razumikin.

Rascolnikof no respondió. Es probable que no se hallara en estado de responder. Sin fuerzas para nada tendióse sobre el diván y se volvió hacia la pared.

Advotia Romanovna miró curiosamente á Razumikin; sus ojos negros brillaron; el estudiante se estremeció bajo el imperio de aquella mirada. Pulqueria Alejandrovna parecía consternadísima.

—¡Nunca podré decidirme á marchar!—murmuró, con una especie de desesperación.—Me quedaré aquí en cualquier parte... Acompañad á Dunia.

—¡Y todo lo estropearéis!—la respondió en voz baja Razumikin.—¡Salgamos de aquí! Alúmbraos, Nastasia. ¡Os juro—continuó á media voz cuando se hallaron en la escalera,—que hace poco estuvo á punto de pegarnos al doctor y á mí! ¿Comprendéis? ¡Al doctor! Por otra parte, es imposible que consintáis que Dunia

se queda sola en aquella casa. ¡No podéis figuraros dónde habéis ido á parar! ¿No pudo buscaros habitación más conveniente el pícaro Lugin?... Por otra parte, sabed que he bebido un poco, y por eso mis expresiones son algo vivas: no hagáis caso.

—Bueno—prosiguió Pulqueria Alejandrovna.—Veré á la patrona de Rodia y le rogaré que nos dé un rincón para pasar aquí la noche. ¡No puedo abandonarle en tal estado, no puedo!

Esta conversación pasaba en el rellano de la puerta de las habitaciones de la patrona. Nastasia estaba en el último escalón, con la luz en la mano. Razumikin se hallaba extraordinariamente animado. Media hora antes, cuando acompañaba á Rascolnikof, había hablado con exceso, él mismo lo reconocía; pero tenta la cabeza libre, no obstante la gran cantidad de vino que bebiere. Entonces estaba sumida en un especie de éxtasis, y la influencia de la bebida obraba en él doblemente. Había tomado una mano de cada una de las señoras, y las arengaba en lenguaje desenvuelto, y, sin duda, para convencerlas, á cada palabra oprimía de modo formidable las falanges de sus interlocutores. Al mismo tiempo, con el mayor descaro, sus ojos devoraban á Advotia Romanovna.

A cada momento, vencidas por el dolor, las pobres mujeres trataban de librar sus dedos de la opresión de aquella mano huesosa; pero él parecía no notarlo y continuaba apretando, sin pensar que las hacía daño. Si ellas le hubieran pedido, á guisa de favor, que se arrojase de cabeza por la escalera, Razumikin no hubiese tardado ni un minuto en complacerlas. Bien veía Pul-

quería Alejandrovna que el joven era muy excéntrico, y sobre todo que tenía unos puños terribles; mas ocupado todo su pensamiento en su Rodia, cerraba los ojos á los extrañísimos modales de Razumikin, que para ella era entonces una providencia.

En cuanto á Advotia Romanovna, aun cuando compartiera las preocupaciones de su madre, y aun cuando naturalmente no fuera asustadiza, no podía menos de ver con sorpresa, hasta con cierta inquietud, aquellas fogosas miradas del amigo de su hermano. A no ser por la confianza sin límites que los relatos de Natacha le inspiraron respecto á aquel hombre singular, la joven no hubiera podido resistir á la tentación de huir, arrastrando tras sí á su madre. Por otra parte, comprendía también que en aquel momento era imposible prescindir de él. Se tranquilizó, sin embargo, al cabo de diez minutos; uno de los rasgos del carácter de Razumikin era manifestarse tal como era á primera vista, de suerte que se sabía inmediatamente con quién se hablaba.

—No podéis pedir eso á la patrona, porque sería el colmo de lo absurdo—replicó vivamente á Pulqueria Alejandrovna.—Oíd lo que propongo: Nastasia cuidará de él por el momento, mientras yo os acompaño á vuestra casa, porque aquí, en San Petersburgo, es imprudente que dos mujeres solas se aventuren de noche por las calles. Después de acompañaros volveré en dos saltos aquí, dándoos mi palabra de honor de que al cabo de un cuarto de hora volveré á deciros cómo va, si duerme, etc., etc. En seguida ¡escuchad! en seguida correré á mi casa, donde voy para celebrar una fiesta, tengo invitados. Todos están borrachos. Traeré á Zosimof—el

médico que asistía á Rodia—y que también está en mi casa, pero no borracho, porque bebe poco. Y en el transecurso de una hora recibiréis dos veces noticias del enfermo; por mí en primer lugar, y en segundo por el doctor, ¡lo cual es mucho mejor! Si va mal, os juro que volveréis otra vez á verle; si va bien, os acostáis. Yo pasaré aquí la noche en el vestíbulo, sin que él lo sepa, y haré que Zosimof se acueste en casa de la patrona, á fin de tenerle cerca en caso de necesidad. Creo que la presencia del doctor es en este instante más necesaria que la vuestra. Idos, de consiguiente. En cuanto á quedaros en casa de la patrona, ¡imposible! No os daría hospedaje, porque... porque es necia. Si queréis saberlo, me ama; y tendría celos de Advotia Romanovna, de vos quizá... Pero seguramente que los tendría de Advotia Romanovna. Es un carácter completamente extraño. Por otra parte, yo también soy un imbécil... ¡Ea, venid! Tenéis confianza en mí, ¿verdad? ¿Tenéis confianza en mí? ¿Sí, ó no?

—Vamos, mamá—dijo Advotia Romanovna.—Hará lo que promete. A sus cuidados debe mi hermano la vida, y si el doctor consiente en pasar aquí la noche, ¿qué otra cosa podremos desear?

—Vos... vos me comprendéis ¡porque vos sois un ángel!—exclamó Razumikin con exaltación.—¡Vámonos! Nastasia, sube al momento arriba, y quédate á su lado con la luz; volveré dentro de un cuarto de hora....

Aun cuando no estuviese del todo convencida, Pulqueria Alejandrovna no hizo objeción ninguna. Razumikin tomó del brazo á las señoras, y, mitad de grado

y mitad por fuerza, las obligó á bajar la escalera. La madre seguía inquieta.

—Ciertamente que está muy bien dispuesto en nuestro favor—pensaba.—Mas ¿se puede contar con sus promesas en el estado en que se halla?

Razumikin adivinó este pensamiento.

—¡Ah! ¡Comprendo! ¡Me creéis bajo la influencia de la bebida!—dijo caminando rápidamente por la acera, sin notar que las señoras apenas podían seguirle.—¡Eso no significa nada! es decir, he bebido como un bruto, pero no se trata de eso; no es el vino el que me emborracha. En cuanto os vi, recibí como un gran golpe en la cabeza.... No hagáis caso: digo necedades, soy indigno de vosotras.... soy en el más alto grado indigno de vosotras. En cuanto os deje en vuestra casa iré al canal, que está á dos pasos de aquí, me echare un par de cubos de agua por la cabeza y todo desaparecerá.... ¡Si supierais cuánto os quiero á las dos!.... ¡No os riáis ni os encolericéis!... ¡Enfadaos con todo el mundo, pero no conmigo! Soy un amigo de Rodia y de consiguiente, vuestro. Lo quiero.... Presentía esto.... hace un momento.... Pero no, no lo presentía por completo, pues que vosotras caísteis, por decirlo así, del cielo. Mas yo no dormiré en toda la noche.... ¡Y este Zosimof temiendo que se vuelva loco!.... He aquí el motivo por el cual no sé le ha de irritar!

—¿Qué decís?—exclamó la madre.

—¿Es posible que el doctor haya dicho eso?—preguntó con asombro Advotia Romanovna.

—Lo dijo, pero se engaña. Hasta había dado á Rodia un medicamento, unos polvos.... Pero entonces

llegasteis.... ¡Así no hubierais llegado hasta mañana! Hemos obrado bien retirándonos. Dentro de una hora, el mismo Zosimof vendrá á informaros de su salud. El no está borracho, y yo he dejado de estarlo. Pero ¿por qué me acaloré tanto? ¡Porque los malditos me hicieron discutir! Había jurado no tomar parte en sus discusiones.... ¡Dicen tales necedades!.... Por poco me pego con ellos! ¿Lo creeríais? Son partidarios de la impersonalidad completa; para ellos, el supremo progreso es parecerse lo menos posible á sí mismos. ¡Nos agradó á los rusos el vivir con arreglo á las ideas de otros y de ellas nos hallamos saturados! ¿Es cierto esto? ¿Es verdad lo que digo?—gritó Razumikin estrechando las manos de ambas señoras.

—¡Oh Dios mío!... ¡no sé!—dijo la pobre Pulqueria Alejandrovna.

—Sí.... sí.... aun cuando no esté de acuerdo con vos en todos los puntos—añadió seriamente Advotia Romanovna.

Apenas pronunciadas estas palabras, dejó escapar una exclamación de dolor, producido por un enérgico apretón de Razumikin.

—¿Sí? ¿Decís "sí"? Pues bien, después de esto sois.... sois....—dijo el joven lleno de alegría,—sois un manantial de bondad, de pureza, de razón.... y de perfección. ¡Dadme la mano!.... ¡Dádmela, y vos la vuestra! ¡Quiero besarlas aquí mismo, en seguida, de rodillas!

Y se arrodilló en mitad de la acera, que, por fortuna, en aquel momento estaba desierta.

—Basta, os lo ruego. ¿Qué hacéis?—exclamó Pulqueria Alejandrovna, alarmadísima.

—¡Levantaos, levantaos!—dijo Dunia, que reía, pero que no se hallaba exenta de cierta inquietud.

—¡No, si no me dáis vuestras manos!.... Bueno, ahora sí me levanto. ¡En marcha! Soy un desgraciado imbécil, indigno de vosotras, y borracho en este momento.... me avergüenzo de mí mismo.... Soy indigno de amaros; inclinarse, prosternarse ante vosotras es un deber en todo aquel que no sea un bruto completo. Por esto me he prosternado.... He aquí vuestro domicilio. Nada más que por esto, vuestro hijo obró bien despidiendo de mal modo á Pedro Petrovitch. ¿Cómo se atrevió á buscartos albergue en semejante casa? ¡Esto es escandaloso! ¿Sabéis qué clase de gente vive aquí? ¡Y sois su prometida! ¿Sí? Pues bien, declárola, una vez visto esto, que vuestro futuro es un 'mal hombre.'"

—Oíd, señor Razumikin, olvidáis.....—comenzó Pulqueria Alejandrovna.

—Sí sí, tenéis razón, olvidé algo; razón por la cual me avergüenzo.....—se excusó el estudiante.—Pero no podéis censurarme por mis palabras. Hablé así porque soy franco, no porque..... ¡Hum! ¡Sería inoble! En una palabra, no por..... ¡Hum! ¡No me atrevo á decirlo!..... Pero no hace mucho, cuando fué á visitar á Rodia, todos comprendimos que aquel sujeto no pertenece á nuestro mundo. Ea, basta, todo está perdonado. ¿Verdad que me perdonáis? ¡En marcha, pues! Conozco este corredor; he venido antes... Sin ir más lejos, aquí, en el número 3, hubo no hace

mucho un escándalo..... ¿En qué número vivís? ¿Ocho? Bueno será que os encerréis por dentro, que no abráis á nadie. Antes de un cuarto de hora os traeré noticias, y, media hora después, me veréis volver con Zosimof. ¡Adiós!

—¿Nos pasará alguna cosa, Dunetchka?—preguntó ansiosamente Pulqueria Alejandrovna, cuando se halló á solas con su hija.

—Tranquilizaos, mamá—respondió Dunia.—El mismo Dios nos ha procurado á este caballero; aun cuando acaba de salir de una orgía, se puede contar con él, os lo aseguro. Y todo lo que ha hecho por mi hermano....

—¡Ah, Dunetchka! ¡Dios sabe si volverá! ¿Y cómo pude resolverme á separarme de Rodia?.... ¡No esperaba encontrarle así! ¡Qué acogida nos hizo! Se diría que nuestra llegada es para él una contrariedad.....

En sus ojos brillaban las lágrimas.

—No, no, mamá. No le visteis bien, llorabais continuamente. Le ha castigado mucho su grave enfermedad; he ahí todo.

—¡Ah! ¡esa enfermedad! ¿Qué resultará de todo esto? ¡Y cómo te habló, Dunia!—agregó la madre, tratando tímidamente de leer en los ojos de su hija, y ya casi consolada porque Dunia defendía á su hermano y, de consiguiente, porque le había perdonado.—Sé muy bien que mañana tendrá otra opinión—prosiguió, queriendo informarse hasta el fin.

—Y yo sé positivamente que mañana dirá lo mismo.....—replicó Advotia Romanovna.

La cuestión era tan delicada, que Pulqueria Alejandrovna no se atrevió á seguir la conversación.

Dunia abrazó á su madre, que, sin decir nada, la estrechó fuertemente contra su pecho. En seguida sentóse y esperó, entre angustias crueles, la llegada de Razumikin. Miraba con timidez á su hija, que, pensativa y con los brazos cruzados, se paseaba á lo largo del aposento.

Razumikin, ebrio y enamorado súbitamente de Advotia Romanovna, manifestóse ridículo. Sin embargo, contemplando á la joven, sobre todo entonces que, soñadora y triste, se paseaba cruzada de brazos por el aposento, muchos hubieran excusado al joven, hasta sin invocar en su favor la circunstancia atenuante de embriaguez, porque la hermana de Rascolnikof era hermosísima.

Razumikin nunca había visto nada por el estilo; era ardiente, sincero, honrado, algo sencillo, fuerte, y se hallaba entonces acalorado por el vino: en tales condiciones, los resultados se explican perfectamente. Además, la casualidad hizo que conociera á Dunia en un momento en que la ternura, la alegría de volver á ver á Rodia había transfigurado la fisonomía de la joven. La vió soberbia de indignación ante las órdenes de su hermano, y no pudo contenerse.

Por otra parte, había dicho verdad cuando, en sus explicaciones de borracho, dijera que la patrona de Rascolnikof tendría celos, no sólo de Advotia Romanovna, sino hasta de Pulqueria Alejandrovna, pues, aun cuando ésta tuviera cuarenta y tres años, aún conservaba reliquias de su antigua hermosura; para de-

cirlo todo de una vez, era el retrato de su hija Dunetchka. Tenía el alma tierna, pero su sensibilidad no era exagerada; naturalmente tímida y dispuesta á ceder, sabía detenerse en la vía de las concesiones, en cuanto á honradez; sus principios y sus más queridas convicciones, la imponían tal deber.

Veinte minutos después de la separación de Razumikin, dos ligeros golpes resonaron en la puerta; el joven regresaba.

—¡No entraré, no tengo tiempo!—se apresuró á decir cuando le abrieron.—Duerme como un bendito, su sueño es lo más tranquilo del mundo, ¡y Dios quiera que duerma así diez horas! Nastasia está junto á él: tiene orden de permanecer allí hasta que yo vuelva. Ahora voy en busca de Zosimof; vendrá á daros cuenta y en seguida os acostaréis, pues veo que estáis rendidas de fatiga.

Dichas estas palabras, se marchó.

—¡Qué joven tan sencillo y tan fiel!—exclamó alegremente Pulqueria Alejandrovna.

—¡Parece de un excelente natural!—agregó con cierto calor Advotia Romanovna.

Y otra vez volvió á pasearse.

Una hora después se oyó nuevo rumor de pasos, y por segunda vez llamaron á la puerta. Eran Zosimof y Razumikin.

El primero tranquilizó á las dos señoras, ordenó que se acostaran, y ambos amigos se despidieron y se marcharon.

—¡Qué encantadora joven es Advotia Romanovna!—

dijo con el acento más sincero Zosimof, cuando se hallaron en la calle.

—¿Encantadora? ¿Encantadora dijiste?—rugió Razumikin.

Y lanzándose sobre el doctor, le cogió por el cuello.

—¡Si te atreves!..... ¿Entiendes? ¿entiendes?—gritó empujándole hacia la pared.—¿Has comprendido?

—Pero, ¡déjame demonio de borracho!—dijo Zosimof, tratando de esquivarle.

Luego, cuando Razumikin le hubo soltado, le miró fijamente y prorrumpió en una carcajada. El estudiante estaba en pie ante él, con los brazos colgando y el rostro amoratado.

—Naturalmente, soy un burro—dijo con aire sombrío.—Pero tú eres otro que tal.

—No, amigo mío, yo no. Yo no pienso necedades.

Continuaron su camino sin decir nada, y sólo cuando llegaron cerca de casa del enfermo, Razumikin, muy preocupado, rompió el silencio.

—Escucha—dijo á Zosimof.—Eres un muchacho excelente; pero tienes una rica colección de vicios; eres, sobre todo, un voluptuoso, un innoble sibarita. Te gustan las comodidades, engordas, de nada te privas. Digo que esto es innoble, porque conduce á la grosería. ¡Afeeminado como eres, no comprendo cómo puedes ser un buen médico, y hasta un médico honorable y celoso! acuesta en colchones de pluma y se levanta á media noche para atender á un enfermo! Dentro de tres años, por mucho que á tu puerta llamen, no abandonarás la

cama. Mas no se trata de esto. Oye lo que pensaba decirte. Yo voy á acostarme en la cocina, y tú pasarás la noche en la alcoba de la patrona (¡trabajo me costó el consentimiento!). Ello será motivo para que afirmes tu amistad con ella. ¡No es lo que te piensas! Aquí, amigo mío, no hay sombra de eso.....

—¡Pero si no pienso nada!

—Es una criatura honesta, callada, de una castidad á toda prueba, y tan sensible, tan tierna!..... ¡Desembarázame de ella, te lo suplico por todos los santos.....! Será muy conveniente..... Por ahora, me basta..... ¡con ser reemplazado!

Zosimof se echó á reír.

—Se ve que no escaseaste la bebida. No sabes lo que dices. Pero ¿por qué he de hacerle la corte?

—Os convenís el uno al otro maravillosamente. No pienso en ti por primera vez..... Y puesto que á ella vendrás á parar, ¿qué te importa que sea más pronto ó más tarde? Encontrarás en ella el puerto, el refugio, el fin de tus agitaciones, buena comida, trato superior: estarás como en la gloria, y sin embargo, vivirás con ella; doble ventaja. Pero basta de charla, es hora de acostarse. Suelo despertarme por la noche; en este caso iré á ver cómo sigue Rodión. No te inquietes si me oyes andar. Si te parece, también puedes molestarte, aunque sea una sola vez; y si notaras algo extraordinario, despiértame en seguida. Aunque me fiuro que no será preciso.